

podemos ni siquiera cotejar, porque cuando se carece de todo se pierde hasta la idea de lo que se hizo y de la obra de Antonio solo queda, como de su vida, el recuerdo inconcreto de un afán y de un deseo de ser mantenidos hasta el postrer instante, cuando la vida se escapaba y el alma todavía se asomaba rebrillante a los ojos mortecinos, rebelándose contra el destino que, inexorable, imponía el fin cuando apenas si se había iniciado su ascenso hacia la inmortalidad.

Como cuadros de nota de Murat se habla de una cabeza del Jesús de la Trinidad, desaparecida y de otro Jesús que se rifó y le tocó a Ocón. Se habla así mismo, ya en trabajos de ornamentación, de varios panteones, de Ortiz, de Chavicos, de Bragado, etc. de las escuelas de la Carretera, de la Capilla de la Purísima, en la Trinidad, cuya desaparición desafortunada se lamenta y sobre todo del comedor de D. Alvaro, que se conserva y del retrato propio que posee la familia.

Dirigió muchas obras y si no planeó todas las existentes en el pueblo fue por su desgana e irregularidad en el trabajo. Monge, el superviviente único de los que trabajaron con él, dice que entendía muy bien el color y tenía espíritu artístico.

Hablar de un artista y no presentar sus obras ni comentarlas es escamotear al lector los elementos para su propio juicio y como era casi imposible hallar nada de Antonio, se ha procurado obtener unas fotografías de su autorretrato y de las figuras del techo del

comedor de D. Alvaro, que no ha sido empresa fácil

El comedor, obra de larga ejecución y seguramente la de más empeño de Murat, se hizo por el 1905, cuando la cabalgata del centenario del Quijote, momento eufórico de su organizador y cuando D. Melquiades Alvarez fue huésped de su paisano. Tiene todas las paredes pintadas en estilo árabe y en el techo, que es la parte mejor ejecutada, a los extremos del rico adorno central, dos grandes lienzos, pintados aparte y sobrepuestos que representan escenas alcazareñas. Se ve que en estos óleos descansó Antonio de la fatiga del sobrecargado arabismo, poniendo en ellos su ilusión y su humor, siendo de lamentar dos errores grandísimos: uno el haberlos colocado en un techo donde apenas se pueden observar y otro el haber roto con ellos la armonía de una decoración que comprende hasta los herrajes de las puertas.

Del recreo del pintor en su obra y de sus métodos de trabajo da idea el hecho de que las tres lamedeñas que figuran en el grupo sentadas sobre el césped a la orilla del río, comiendo ensalada de limón, llegaron a engordar durante el tiempo que le sirvieron de modelo ¡Cuántas ensaladas se comerían! ¡Y que ninguna perdió ya el rumbo por lo que se vió después! pues la de la izquierda es la Gabriela Campo, la del sombrero la Carmen Izquierdo, la del tío Eusebio y la de la derecha la Antonia Izquierdo, la del tío Ignacio. Les daban tres reales por cada sesión y la Gabriela cuenta que ella se compró pelo de cabra y se hizo una toquilla con la que se lució en su juventud.

No es posible ver estas pinturas donde están colocadas y mucho menos formar juicio sobre ellas.

El otro cuadro quiere representar el momento en que un cazador furtivo es sorprendido por los civiles y por el guarda del monte, pero es una escena, como si dijéramos a toro parado y todo tranquilo, en desacuerdo con lo obligado en las circunstancias intencionales.

El cazador lo era el casero de la propia